









## SIETE AÑOS DE CAUDILLAJE

### Bajo la égida de FRANCO — punto culminante en la unidad de todos los españoles — España camina, con seguridad y firmeza, hacia su reconstrucción integral

### El CAUDILLO, paladín de la reconstrucción religiosa de España

### El Caudillo ante la Hispanidad

Por Eduardo Aunós

TODA LA LEGISLACION SECTARIA DE LA REPUBLICA FUE DEROGADA AL INICIARSE EL MOVIMIENTO

«Benemérito de la causa de Dios y de su Iglesia», llamó Pío XII a Franco en ocasión solemne

Por Rafael Salazar Soto



Intérprete fiel de los sentimientos católicos de su Patria, puede Franco ostentar con legítimo orgullo el título honoroso de paladín de la reconstrucción religiosa. Nadie con más derecho, en efecto, porque nadie tuvo que enfrentarse con los gravísimos problemas que en este orden de cosas creamos planteados al iniciarse el Movimiento Nacional. Una legislación sectaria y antiespañola, dictada en el tiempo propósito de hacer los más hondos afectos del pueblo español, había desterrado de las escuelas el Crucifijo, prohibiendo la enseñanza religiosa en todos los centros oficiales de Enseñanza; la inepta Compañía de Jesús, que tantos y tan beneméritos servicios prestara, fué disuelta y expulsados los miembros; se implantó el divorcio y se persiguieron, en fin, todas las manifestaciones de fervor religioso. El fruto de esa política nefasta y la irremediable vergonzosa con que fue posible cometer toda clase de atropellos, no tardó en recogerse. Sin que hiciese falta esperar a que la revolución se adueñara de gran parte del territorio nacional, los más bárbaros crímenes pudieron llevarse a cabo con la indiferencia cuando no con el beneplácito de las «autoridades».

sino también de dar un mayor contenido religioso a múltiples aspectos de la vida nacional. Y claro que a prestar ayuda eficazísima a quienes todo lo habían perdido en las zonas dominadas por la horda.

En noviembre de 1937, cuando todavía se luchaba en todos los frentes por avanzar a los marxistas, palmo a palmo, pueblos y ciudades sometidos a su brutal dominio, el Generalísimo decía a un corresponsal inglés: «Puesto que tenemos que restaurar tantas cosas y entre ellas están los hogares y viviendas de los españoles, restauremos especialmente los templos que son casas de Dios, y cuidaremos de que no falten al Clero los medios económicos necesarios para su ministerio espiritual». Así ocurrió, efectivamente. A la reconstrucción de las iglesias, seminarios y monasterios se dedicó atención preferente incluyendo dichos edificios entre los más urgentes. Más de 400 pueblos españoles carecían entonces de parroquia y hoy, merced a esa ayuda, son muy pocos los que no la tienen, mayor o menor, más o menos amplia; a los sacerdotes que todo lo perdieron en la zona roja y a los que ya no disponían de una vivienda digna de su ministerio, les facilitó los medios de obtenerla con el mismo esfuerzo. Los mismos beneficios otorgados a los modestos productores, por medio del Instituto Nacional de la Vivienda y la Obra Sindical del Hogar, se hicieron extensivos a las diócesis para atención de esas necesidades apremiantes. Y a los padres de los ministros del Señor asesinados por la horda roja, dispuso que les concedieran pensiones con que hacer frente a una vejez desamparada y triste.

Uno de los primeros actos a que asistió el Caudillo, oficial y solemnemente, poco después de concluir la guerra, fué la ceremonia religiosa en que hizo entrega a la Iglesia — en la persona del llorado Cardenal Gomá, Primado de España — de su espada victoriosa en cien batallas contra el infiel. Rodeado de su Gobierno, asistido de las más altas representaciones del Estado y del Partido, Franco se arrodilló ante el altar y puso en manos de la máxima autoridad eclesiástica de España, los atributos de su jerarquía castrense.

En toda la legislación de estos últimos tiempos se refleja ese mismo sentimiento, tan arraigado en nuestra Patria y tan combativo en los años que precedieron a la iniciación de la Cruzada. El mismo Fuero del Trabajo, con su hondo sentido cristiano de justicia social ¿no es una prueba elocuente de la preocupación a que nos referimos? No hay un solo organismo del Partido, de los que están encargados de la misión formativa de la juventud o del cuidado material de los desvalidos, que no posea, como complemento indispensable asistencia espiritual. Los Asesoros religiosos de Auxilio Social, la Sección Femenina y el Frente de Juventudes son buena prueba de ello.

La participación oficial en los actos de exaltación religiosa ha sido constante. Recientes están dos hechos, acaecidos el pasado año, en los que el propio Jefe del Estado intervino directamente; la carta de adhesión afectuosa enviada por Franco al rector de la Universidad de Comillas, con motivo del cincuentenario de dicho Centro y la Consagración de la Cámara Santa de Oviedo en que el Generalísimo llevó personalmente, en procesión solemne, la Cruz de la Victoria. Y más reciente aún, cuando España entera se asoció al magno homenaje tributado al Sumo Pontífice, en el aniversario de su consagración episcopal, Caudillo y Gobierno unieronse a los actos, acudiendo a varios de los organizados en Madrid.

Su Excelencia, que recibió a la Junta Técnica Nacional de la Acción Católica Española, al interesarse por la labor llevada a cabo se felicitó de los progresos registrados en orden al aumento del espíritu religioso de la Nación; creó el Consejo Superior de Misiones, encargado de velar por la expansión de la fé en los más apartados lugares y dió vida a centros de Enseñanza Superior, íntegramente dedicados al estudio de las Ciencias eclesiásticas. Agreguemos a todo ello la conclusión del Convenio vigente con la Santa Sede y la provisión, como consecuencia inmediata, de muchas de las diócesis vacantes — Barcelona; Urgel; Jaén; Ciudad Real; Almería; Astorga; Cuenca; Guadix; Lérida; Cádiz; Palencia y Vitoria.

(Continúa en la 4.ª página)

Quienquiera haya visitado los países de Hispano-américa podrá haber apreciado el, ya no admirativo, porque la admiración puede ser frío pasmo ante la grandeza ajena, sino emocionado fervor con que las mejores de sus gentes distinguen a Francisco Franco, el Caudillo de España. No basta para explicar este sentimiento de apasionada adhesión al gran capitán de la Cruzada española, el erigirse como un nobilísimo símbolo de adalid racial, desplegado en torno de su figura egregia esas altas calidades que Gracián descubrió en la personalidad primacial del Héroe. El hispano-americano advina en Franco, no sólo al conductor inigualado de ejércitos y de pueblos, sino al conquistador español, ese mismo que llenó de sentido de realeza y de heroísmo, sabe no sólo vencer enemigos, sino erigir colectividades humanas capaces de alcanzar un

y universal, desdichadamente interrumpida. Su vida entera se mostraba como la señal preclara y revelación cierta de un alto destino estelar. Franco era por sí mismo la justificación de la Cruzada. Donde él se inclinaba se sobrevendría el Triunfo, y debían hallarse el Bien y la Verdad, pues Franco sólo en defensa de la Verdad y el Bien podía alzarse su invicta espada.

Los hispano-americanos sienten, como nosotros, la imprescindible necesidad de personalizar los conceptos abstractos y de unir las obras a la personalidad, ligándolos con vínculos indisolubles. No les sugestionan el principio ideológico o su realización práctica si se desvincula de un hombre de carne y hueso capaz de defenderlo con su vida, y sólo se lanza con denuevo a la lucha, si hombre e ideas coinciden en grandeza y dignidad. Es muy de nuestra raza esta per-



El Generalísimo Franco, rodeado de los miembros de la Junta de Defensa Nacional, dirigiéndose a la multitud, que le aclamaba entusiastamente, desde el balcón de la Capitanía General de Burgos, el día de su exaltación a la Jefatura del Estado Español

dia la esplendente luz de su libertad, porque junto al poder de gobernar, unen el imperio del amor y la llama vivificante de la cordialidad que les comunica su alta condición de católicos. Del amor a Dios procede el del hombre hacia sus semejantes y por evidente se alcanza que sólo el caballero cristiano puede aliar el poder con el amor, el don de mando con el de hermandad, pues la lejanía del Dios verdadero se paga con egoísmo y desamor, y su acercamiento da como su más indubitable señal, el amor. Esta gran verdad la tienen grabada en lo más hondo de su ser los hispano-americanos. Sus ejércitos son retoños, geográficamente lejanos pero espiritualmente fusionados con el español de quien proceden, hasta el punto de ser idénticos los reflejos vitales y las anchas virtudes en que todos ellos se inspiran. Por otra parte, las clases directoras hispano-americanas guardan todavía la savia tradicional de las familias españolas; unas, porque proceden directamente de ella; otras, porque sólo imitándola y siguiendo sus huellas han logrado nacionalizarse en aquellas tierras. Todas esas gentes próceras e hidalgas intuyeron desde la primera hora del Levantamiento al lado de quien se hallaba la Verdad y la Justicia, pero la figura del Caudillo les dió la más clara prueba de certidumbre. El era, en efecto, el símbolo vivo de todo un pueblo y de toda una Historia grande

sonificación de lo abstracto y creo es una de sus excelencias, porque sin calor de humanidad. Todo se desplomaría entre gélidos conceptualismos. Nuestra es típicamente busca al hombre, al hermano mayor lleno de fervor misionero, al primado, al conductor, al caudillo, pues por él se ve reflejada en un plan de excelencia que arranca de su propia naturaleza, y Franco aparecía como síntesis de una España mejor ante los ojos de esos cien millones de seres, que unidos serían los dueños del Mundo, porque nadie como ellos recibe tan de cara la luz de Dios, y que hoy, separados en su vivir cotidiano, sólo se sienten solidarios por la vía cupular, en la contemplación de esos capitanes magníficos que como astros rutilantes atraviesan, con intermitencia poco frecuente, el cielo glorioso de la Hispanidad.

Continuemos unidos a Franco como en los días difíciles, cuando sólo él vió seguro el triunfo y sentía brotar de su pecho la victoria. Guardemos al Caudillo y pidámos a Dios que le guarde también bajo su protección. Con tal centinela no tenemos de que temer, pues nos da un presente que, alzado como isla de paz entre océanos de ruinas y catástrofes, parece milagro de Dios, y por nosotros también vigila y escruta el futuro, para que nada nos sorprenda y la Patria se halle en mayor guarda y custodia, sirviéndole de escudo, de amparo y pilastra incombustible de lo porvenir.

Complétese hoy siete años de aquella memorable fecha en que el Generalísimo Franco fue exaltado a la Jefatura del Estado Español, dos meses y medio justamente después de iniciar en la patria la gran Cruzada que había de redimir a la patria del yugo marxista. La Historia, en todos los grandes acontecimientos, desvela el sano providencial de Dios quien hace acto de presencia en sus designios inescrutables, para dirigir los destinos de los hombres y de los pueblos; y así, cuando en el mundo, por el país determinado surge una conmoción de esas que cambian las insinuaciones, personas y cosas, entre los humanos, aparece la masa entre el pueblo mismo, eleva al nombre al hombre que siempre se ha llamado providencial. Así hizo el Alzamiento Nacional, se hizo la Cruzada, se hizo la revolución en el sentido auténtico de renovación que está en esta palabra; y en este proceso el nombre del Generalísimo Franco fue el elegido. No hubo un momento de vacilación. La España que representaba a la España tradicional y que vio en Franco a su salvador, al Caudillo de la guerra, al reconstructor de la patria, al hombre que debía realizar la reconquista espiritual del país con el mismo ímpetu y la misma inteligencia con que organizó la reconquista ma-

«Yo sólo puedo, en estos momentos solemnes — dijo — en aquel histórico día —, con la seriedad del soldado, con la lealtad del caballero y con el corazón en la mano, decir a todos: Ponéis en mis manos a España. Mi mano será fuerte, mi puño no temblará y yo procuraré alzar a España al hombre que le corresponde conforme a su historia, y que ocurre en las épocas preteritas».

Franco ha cumplido con creces su palabra empeñada. A pesar de las dificultades con que tuvo que luchar en los días de la contienda y a pesar de los obstáculos que hubo de enfrentarse, llegada la hora de la Victoria — con el orden interior, económico, de reorganización; con el orden exterior: el conflicto mundial — apenas acabada nuestra guerra de liberación — el país ha hecho surgir una España nueva en que vibran y se reúnen las complejas energías de la nación y florecen y se renuevan dentro de un amplio concepto aquellas instituciones nacionales que aseguran la unidad, la totalidad y la independencia de la Patria.

Si echamos una mirada a las múltiples mejoras que bajo la iniciativa peculiar de Franco se han logrado en el campo económico, el trabajo tiene ya una garantía absoluta y ha dejado de ser el servidumbre del capitalismo. La magnífica legislación que le compete conforme a las normas pontificias siempre respetadas.

En el campo social pasamos al económico, al comercial, al de las contradicciones del momento, forzoso es confesar que España camina con paso firme y seguro hacia su reconstrucción integral, no sobre bases hipotéticas, sino sobre normas estables que afirman su independencia en cuanto importante como es el crédito exterior y la leal colaboración de la riqueza dentro del supremo interés del Estado.

Merced asimismo a la orientación sana y profundamente humana del Caudillo, España ha vuelto a encontrar a sí misma en el terreno espiritual. Con pena cabe recordar a aquellos días verdaderamente ominosos en que ni había una sociedad de derecho público era considerada la España y a mansalva se le iban negando sus atribuciones. El Estado creado bajo la égida de Franco ha surgido otra vez con su tradición y substancia del pasado ideal español auténticamente enraizado en la savia religiosa.

En fin, Franco ha sido el restaurador de un Estado que recuperó el prestigio antiguo, que renueva el sentido de la justicia integral tanto en orden a los factores morales, cuanto a los económicos-sociales, como también el sentido de la libertad política al servicio de un credo patriótico y de un ideal eterno, que la libertad política resulta una burla.



El Generalísimo Franco y Caudillo de España pronunciando patrióticas frases después de su elevación a la Jefatura del Estado Español





